

CAPÍTULO I

De mesas voladoras y republicanos

Madrid, 10 de febrero de 1873

El día que Ernestina vio por primera vez levitar una mesa delante de sus ojos, su hermana Aurora estaba a pocas calles de allí, camuflada entre la multitud que rodeaba el Congreso de los Diputados, coreando la proclamación de la Primera República. Ambas estaban emocionadas por lo que veían: una, sintiendo el clamor de la multitud a su alrededor y aquella violencia contenida a punto de estallar, a la vez temerosa y maravillada, con el vello de punta y los nervios en tensión. La otra, por ver al fin con sus propios ojos la obra de los espíritus, como su amiga Ángela le había contado tantas veces.

Aurora estaba escuchando a la gente corear consignas y permanecía lejos de la entrada del Congreso, donde se juntaban los más barulleros. La gente iba y venía, algunos empujaban al pasar, y cuando un chaval de no más de trece años bajó desde la Puerta del Sol avisando de que los de la milicia nacional venían a disolver la manifestación, Aurora pensó que era el momento de retirarse: no solo porque ella fuera una joven de buena cuna alternando aquellos escenarios por su cuenta y riesgo, sino porque iba a ser imposible darle explicaciones razonables a su padre si acababa herida o en el calabozo. Bastante sufría él al saber que su hija mayor caminaba sin carabina por Madrid cuando le

Ernestina y los espíritus

convenía.

Aurora se retiró todo lo rápido que pudo, casi arrepintiéndose de dejar el foco de la noticia, y comenzó a callejear en dirección a su casa.

Ernestina, por su parte, sentía que no había vivido nada parecido en toda su vida. En el silencio de la sala oscura y cerrada de los marqueses que auspiciaban aquella tarde la *soirée*, llena de candelabros tétricos y de cortinones oscuros, sintió primero cómo la mesa de madera (alrededor de la que se sujetaba las manos el corro de los presentes) comenzaba a temblar tímidamente. Segundos después se empezó a bambolear abiertamente, y poco a poco empezaron a percibir, más por intuición que por vista, cómo dos de las patas se elevaban unos palmos del suelo y flotaban unos segundos en el aire.

Estaban en silencio, pero se escuchaban los suspiros de asombro y se les veía en la expresión ese instante previo a dejarse llevar por la estupefacción. Doña Asunción, que era una médium aleccionada y sabía cómo actuar en estos casos, alzó la voz sobre la penumbra y exigió a un espíritu que solo ella parecía percibir que se manifestase. Y a Ernestina, de los nervios, casi se le escapa sin querer una risita: no sabía qué más manifestación de las almas del más allá querían que una mesa flotando frente a sus narices. Porque era bien sabido, desde hacía varios años, que con el descubrimiento del espiritismo las mesas y los objetos giraban. Pero doña Asunción tenía tal fama, y era tan inspirada por lo divino, decían, que en su presencia los espíritus no solo las hacían girar, sino que levitaban directamente. Finalmente, la mesa tembló una vez más y cayó de golpe, quedándose inerte sobre el suelo del salón. Doña Asunción les increpó:

—¡No se suelten las manos! ¡No rompan el vínculo! —decía con su voz cavernosa. Y daba mucha impresión como para no obedecerla, con la ropa de luto, el peinado despeluchado y la mi-

rada estrábica a la luz de las velas.

Así que las seis personas que se reunían a la mesa (a saber: la médium Asunción, Ernestina y su amiga Ángela, el matrimonio formado por los marqueses de Torrelavega y un hombre llamado Alfonso del Molino que se decía abogado de los marqueses) se apretaron las manos por inercia y se miraron un poco cohibidos por lo que acababa de suceder. Aun permanecieron en aquella incómoda posición unos minutos más. Doña Asunción entrecerraba los ojos y los ponía en blanco, emitía pequeños gruñidos en voz baja y continuaba erguida, en toda su orondidad, como hablando consigo misma, o con los espíritus invisibles, sobre el endeble sillón que la sostenía. Finalmente exhaló un suspiro rotundo y se dejó caer hacia atrás, con los brazos abiertos, soltando las manos de Ernestina y del abogado, y rompiendo así finalmente el círculo.

Rato después, cuando pasó la emoción del momento y todos se separaron del corro, la ayudante de la médium se avino a abrir los cortinajes para dejar pasar la luz de aquella tarde débil de febrero y doña Asunción dijo, con un poco de pesar, que los espíritus habían estado presentes, pero no habían querido hablar. Ernestina miró a su amiga Ángela en silencio y con expresión culpable, sin atreverse a preguntar si había sido por ella: por ser primeriza, porque quizá no canalizaba bien aún la energía (aunque se lo habían explicado todo antes de la sesión), o porque había estado a punto de reírse de los nervios. Pero no dijo nada. Vio cómo Ángela le dejaba a Asunción unas monedas en la mano mientras se despedían y Ernestina hizo lo mismo sobre la mano de la señora, que sonreía tibiamente a la despedida de las mujeres.

—Muchas gracias, ha sido impresionante —decía Ernestina mientras la médium aceptaba sus monedas y asentía en silencio frente a los cuchicheos asombrados de los presentes. Por los principios del espiritismo que tan bien habían quedado establecidos

Ernestina y los espíritus

en Francia tiempo atrás (como todo lo bueno, pensaba Ernestina, que venía de París), los médiums no debían cobrar dinero por las sesiones. Sin embargo, Ángeles le había dicho que a doña Asunción era común darle un donativo por la labor que hacía, y que era poco educado menos de cinco pesetas. Ernestina se atrevió a dejarle diez a la señora, aunque esperaba que no se acostumbrara demasiado porque bastante se quejaba ya su padre de sus gastos. Después de aquel sutil intercambio, las dos jóvenes se despidieron del resto de participantes, con los que no habían llegado a intimar en aquel rato, y como si de unos extraños al término de la misa se tratasen, salieron a la calle en dirección a la plaza de Callao. Ambas compartieron un coche sin hablar demasiado, aún conmocionadas por lo que acababa de pasar: Ángela se bajó poco antes de llegar a Recoletos y Ernestina continuó el viaje despidiéndose con un discreto beso en la mejilla de su amiga. Cuando Ernestina atravesaba la puerta del número ocho de la calle de Serrano, Aurora acababa de girar por Villanueva, bordeando el espléndido solar donde la reina Isabel II había inaugurado años atrás las obras de la Biblioteca Nacional, que allí seguían, sin haber avanzado ni un ápice. No le dio tiempo de avisar a su hermana, y la observó entrar.

La silueta de Ernestina era totalmente reconocible incluso en la distancia: incluso en invierno, cubierta del abrigo y el sombrero. Hasta para los recados más cotidianos se arreglaba y se vestía con elegancia, y no le importaba llevar puesto a diario el odioso polisón. Era dos años menor que Aurora y había heredado la melena rubia de su madre y su porte gracioso y frágil, la soltura al caminar y aquel humor desinhibido y ligero que tanto echaban de menos de ella. También compartían nombre. Siguiendo la tradición familiar Ernestina tenía que haberse llamado Emilia, como su abuela, del mismo modo que Aurora había sido la madre de su padre; pero su madre les contaba siempre que nada más nacer, nada más ponerla en sus brazos la comadrona, aun llorosa

y sucia, se quedaron todos tan impresionados del parecido entre las dos que les pareció mucho más oportuno que llevaran el mismo nombre. Mientras que la madre fue doña Ernestina hasta el día que murió, diez años atrás, de una pulmonía mal curada, su hermana siempre fue Tina para la familia. Sin embargo, el día del entierro de su madre, cuando las dos hermanas y su padre se quedaron solos frente a la tumba, Ernestina les anunció de la nada que ya no quería que la llamasen Tina nunca más. Que, si llevaba el nombre de su madre, quería que se supiera. Y les obligó, durante meses, a acostumbrarse a la nueva norma, de la que nunca explicó por qué no cejó. Aurora creía que era la forma de superar el duelo, del mismo modo que su padre, Joaquín, sabiendo que sus hijas ya se valían solas (Ernestina había cumplido doce y Aurora catorce), se centró en su carrera militar. Se hizo conocido del general Serrano, a pesar de tener una gradación mucho menor, y decidió seguirle cuando la situación con Isabel II comenzó a hacerse insostenible. Joaquín no era de esos militares casquivanos y sin principios que perseguían más los ascensos y las recompensas que el honor; esa había sido la razón por la que su madre se enamoró de él cuando no era más que un joven militar de tez clara y mirada impenetrable y decidió que se casarían, aunque siendo la hija pequeña de una larga estirpe aristocrática hubiera podido elegir entre pretendientes mucho más acomodados. Se mudaron a un viejo caserón de la familia en la cuesta de Santo Domingo, no lejos del Palacio Real, herencia de una de las tías solteras de doña Ernestina, y allí permanecieron hasta que en el 68, el año en que la reina huyó de España, las calles se revolucionaron y Joaquín regresó victorioso a Madrid del brazo de Serrano y Prim, los tres se dieron cuenta de que no soportaban más la presencia constante de su madre entre las paredes de la casa, ni el bullicio incesante de la vieja ciudad, ni a los ladronzuelos y mangantes que cortejaban las calles aledañas día y noche.

La casa a la que se mudaron era espaciosa y daba a un pa-

Ernestina y los espíritus

tio privado arbolado, y llevaba construida muy pocos años. La burguesía y los aristócratas se estaban mudando a aquella zona nueva más allá de la Puerta de Alcalá y ellos, que no eran ni burguesía ni aristocracia ni tampoco dejaban de serlo, aceptaron el nuevo hogar con gusto. Tenía una escalera de servicio, además de la principal a la que se accedía por Serrano, y disponía de algunas de las comodidades de los nuevos tiempos de las que no disponían en el viejo caserón medieval de la cuesta de Santo Domingo. Su padre se hizo construir un estudio con biblioteca en una de las salas que daban a la fachada principal, esperando que las vistas a la escombrera de la Biblioteca Nacional mejorasen con el tiempo; pero, como todo en España, nunca lo hicieron. Colgó allí el retrato que Madrazo le hizo a su esposa un año antes de caer enferma y poco a poco se fue retirando de la actividad militar. También, poco a poco, después de la muerte de Prim, que casi le deprimió tanto como la de su esposa, a sus dos hijas les daba la sensación de que se había ido retirando de la vida misma.

Ernestina entró en la casa y saludó a su padre desde la puerta entornada de la biblioteca, antes de dirigirse a su cuarto para acomodarse para la cena. Aurora, minutos después, hizo lo mismo. Joaquín no levantó la vista para ninguna de las dos, y se limitó a repetir el saludo con los ojos clavados aún en uno de los periódicos del día. Hasta la hora de la cena, y si no tenía visitas, no se podía esperar ninguna otra cosa de él que no fuera verle enterrado en su sillón de orejas, cerca de la chimenea encendida si era invierno, o de la corriente de las ventanas abiertas si era verano, leyendo los periódicos del día o revistas que una vez a la semana se hacía traer desde París y Lisboa. Odiaba la política, pero la controlaba toda. Tampoco quería aceptar las constantes invitaciones que le realizaban para que se uniera a los clubes de caballeros que se estaban poniendo de moda: él decía que esas cosas había que hacerlas como toda la vida, visitando educadamente las casas de los demás, o alguna reunión social, si no que-

daba más remedio. Una vez se pasó un día entero farfullando contra un viejo conocido que le había dicho que se sumase a una de las tertulias del café de Levante con él. Tampoco era asiduo del Ateneo: debía ser la única persona de Madrid a la que sus conferencias y conciertos le aburrían. De vez en cuando, si Ernestina le acompañaba, visitaba la ópera. Iba a misa alguna vez por semana. Daba largos paseos por la ciudad los días de sol y se dejaba acompañar por amigos o conocidos, y en las épocas de invierno u otoño en que las nubes y la lluvia arreciaban podía pasarse días enteros en el estudio sin querer ser molestado. Aurora y Ernestina se preguntaban constantemente cómo era posible que con aquel humor las amistades de su padre no solo no se hubieran volatilizado, sino que constantemente siguieran acudiendo a él. Ernestina decía que nunca se debía menospreciar el poder de los contactos en la corte, aunque ya no hubiera corte, y aunque fueran viejos y gruñones como su padre.

Manoli había preparado sopa de pescado para la cena, y se sentaron los tres a la mesa cuando el sol insistía en declinar. A Joaquín no le parecía educado cenar tarde, a la moda de los nuevos burgueses, y las dos hermanas siempre intentaban llegar a la hora convenida a casa: no siempre lo conseguían, arriesgándose a la perpetua regañina de su padre, que cuando entraba en calor podía pasarse el resto de la cena lamentándose de que la ausencia de una presencia femenina en casa durante aquellos años las hubiera convertido en algo menos que en salvajes.

La austeridad militar de Joaquín seguía combinándose con la nobleza de doña Ernestina aún tantos años después. La cubertería siempre estaba bien brillantada, y no ponían cubiertos de más, ni siquiera cuando tenían invitados y otros se dedicaban a aparentar. Allí no se aparentaba nunca nada. La vajilla la habían renovado hacía pocos años, al igual que la cristalería, que en un arranque de generosidad Joaquín había permitido que Ernestina la pidiese a un almacén de París. Manoli, que llevaba siendo la

Ernestina y los espíritus

mucama de la casa casi desde el matrimonio de los padres, sabía exactamente en qué punto entre elegancia y comodidad debía vestirse la mesa. A las niñas, como ella las seguía llamando, les daba bastante igual, como todo en la vida; a ellas ni siquiera les importaba comer en un rincón de la mesa de la cocina las sobras del día si llegaban tarde de alguna reunión, conversando con Manoli, o contándose entre ellas las novedades, entre pellizcos al pan. Don Joaquín, sin embargo, cuando se sentaban a comer permitía que el mantel tuviese algún pequeño descosido disimulado, pero jamás una sola mancha en las servilletas. La luz de gas les iluminaba desde la pared, pero siempre ponía un candelabro en la mesa, y nada de flores o adornos superfluos, más que en Navidad o en alguna fiesta de guardar. Cada uno de ellos, tanto las niñas, como don Joaquín, como Manoli y su hermano Alfredo que venía varias veces por semana a encargarse del mantenimiento, aceptaba estas rutinas con total normalidad, sin mencionar nada, sin interrumpir el ritmo sagrado de la casa. Todo lo que no era rutina fluía por debajo de la vida cotidiana, molestándoles de vez en cuando, pero poco más.

Joaquín daba gracias desde la cabecera de la mesa en un acostumbrado murmullo y los tres comenzaban a comer en silencio. A la tercera o cuarta cucharada alguno de ellos comenzaba la conversación. Si comenzaba Joaquín, no era buena señal, pero si lo hacía Ernestina casi siempre iba a ser conversación ligera. Con Aurora nunca se sabía, porque a veces se ponía a hablar de política sin querer, y Ernestina siempre le reprochaba que soliviantaba a papá con sus ideas. A la tercera cucharada de sopa de pescado, con algunos fideos finos de por medio, Aurora le preguntó a su hermana con cierto retintín qué tal habían ido los espíritus, y Joaquín las observó hablar. Ernestina llevaba semanas hablando de los grupos espiritistas a los que se habían vuelto asiduas su amiga Ángela y su madre, noche tras noche, ensalzando con una curiosidad infantil lo que ella insistía que era una ciencia nueva

que iba a cambiar la sociedad. Además, venida de París. Y Aurora desconfiaba, como todo lo que venía de París, excepto la república. Por fin les había anunciado que había sido invitada a una *soirée*, y ahora esperaban un relato de los hechos; pero Ernestina sabía que no habría relato en paz con la mirada sarcástica de su hermana detrás. Y Joaquín más de una vez había refunfuñado, sin gran convicción, dudando de que todo aquel invento fuera suficientemente católico.

—¿Qué cosa más católica hay que la demostración del más allá, papá? —había insistido Ernestina. Y todos sabía que, en lo que se trataba de su hija menor, Joaquín se doblegaba con facilidad.

Aurora, no tanto. Uno de sus pasatiempos favoritos, aparte de leer revistas y periódicos y enzarzarse en diatribas políticas cuando la dejaban, era meterse con su hermana, que sabía que era avispada e inteligente, pero que se acomodaba demasiado a la visión superflua de la vida de su amiga Ángela. Mientras que Aurora tomaba prestada *La Correspondencia* de su padre para leerla todos los días, Ernestina seguía siendo fiel a *La moda elegante* y *La Guirnalda*. Aurora no soportaba las revistas para mujeres, igual que tampoco las novelas para señoritas. Sabía que Ernestina las leía, y pululaba sobre sus páginas con aparente curiosidad, pero no sabía si lo hacía exclusivamente por molestarla a ella. Se plantaba en el saloncito con sus lecturas y cuando Aurora pasaba por allí no dudaba en darle pelos y señales de todas las novedades, quisiera o no escucharlas. Aurora le seguía el juego y se burlaba de la moda de París que Ernestina idolatraba. Joaquín les decía, cuando las veía entrar en esa dinámica, que solo les faltaba la ropa vieja y sucia de barro para parecer dos mozos de cuadras.

Ernestina dio parte de lo que había ocurrido esa tarde, ante el silencio de Joaquín y el escepticismo de Aurora. Después, Aurora comenzó a conjeturar acerca de todas las maneras que se le ocu-

Ernestina y los espíritus

rían para hacer levitar una mesa. Ernestina rebatía y aseguraba que había sido una experiencia totalmente real, y que sin haber estado presente no podía opinar al respecto. Aurora aseguraba que Ernestina, cuando quería, podía ser demasiado sugestionable, y su criterio no era de fiar. Manoli entraba con una manzana asada de postre para cada uno, después de haber retirado los platos de sopa vacíos, y se fue lo más rápido posible: Ernestina dio un golpe en la mesa y frunció los labios, mirando fijamente a su hermana.

—Y tú, Aurora, para cambiar de tema —dijo con pretendida amabilidad—, no nos has hablado nada del ambiente que había hoy frente al Congreso...

Y eso bastó para hacer estallar la tercera guerra carlista en el comedor.